

LIBRO OCTAVO.

—Es, pues, cosa reconocida por nosotros, mi querido Glaucon, que en un Estado bien constituido todo debe ser comun, mujeres, hijos, educacion, ejercicios propios de la paz y de la guerra, y que deben designarse por jefes del mismo á hombres consumados en la filosofia y en la ciencia militar.

—Sí.

—Tambien hemos convenido en que los jefes, conforme con la índole de su institucion, han de habitar con los guerreros de su mando en casas del género que hemos dicho, que serán comunes y en las que nadie tendrá nada propio. Además de la habitacion recordarás lo que dispusimos sobre el mantenimiento de los guerreros.

—Recuerdo que nos pareció conveniente que ninguno de ellos fuese propietario de nada, que es lo contrario de lo que sucede actualmente con los guerreros; y que considerándose como atletas destinados á combatir y vigilar por el bien público, debian proveer á su seguridad y á la de sus conciudadanos, y recibir de los demás en recompensa de sus servicios lo que necesitaran cada año para su manutencion.

—Bien. Pero puesto que sobre esta materia hemos dicho ya cuanto habia que decir, recordemos la altura á que estaba nuestra polémica, cuando dimos cabida á la presente digresion, y tomemos de nuevo el hilo del debate para continuarlo.

—Es fácil hacerlo. Parecia que habias agotado todo

lo relativo al Estado y concluías, poco más ó ménos lo mismo que ahora, diciendo que un Estado, para ser perfecto, debía parecerse al que acabas de describir, y que seria hombre de bien el que se condujese conforme á los mismos principios, si bien te pareció posible dar del uno y del otro un modelo más acabado aún (1). Pero añadías, que si esta forma de gobierno era buena, todas las demás serian defectuosas. En cuanto alcanza mi memoria, recuerdo que contabas cuatro especies cuyos defectos era conveniente examinar, comparándolos con los de los individuos, cuyo carácter respondia á cada una de estas especies, á fin de que despues de haberlos considerado todos con cuidado y de estar seguro acerca del carácter del hombre bueno y del malo, nos fuese posible juzgar si el primero es el más dichoso y el segundo el más desgraciado de los hombres, ó si las cosas pasan de otra manera. Y en el punto mismo en que te suplicaba yo que nos dieras á conocer esas cuatro especies de gobiernos, Adimanto y Polemarco nos interrumpieron, y te comprometieron á entrar en la digresion que ha concluido en este momento.

—Tu memoria es muy feliz.

—Haz como los atletas; dame el mismo asidero, y responde ahora á la misma pregunta á que te proponias contestar entónces.

—Lo haré, si puedo.

—Deseo saber cuáles son esos cuatro gobiernos de que hablabas.

—No tendré dificultad en satisfacerte, porque todos cuatro son bien conocidos. El primero y más alabado es el de Creta y Lacedemonia. El segundo, que ocupa tambien el segundo rango, es la oligarquía, gobierno expuesto á un gran número de males. El tercero, opuesto

(1) Libro cuarto, hácia el final.

enteramente al segundo y poco estimado, es la democracia. En seguida viene la tiranía, que no se parece á ninguno de los otros tres gobiernos, y que es la mayor enfermedad que puede padecer un Estado. ¿Puedes nombrarme algun otro gobierno que tenga una forma propia y distinta de éstos? Porque las soberanías y los principados venales entran como intermedios entre esos mismos, de que hemos hablado, y no se hallan ménos entre los bárbaros que entre los griegos.

—Efectivamente se citan muchos y muy extraños.

—Sabes ahora, que hay necesariamente otros tantos caracteres de hombres como especies de gobiernos; porque no creerás, que la forma gubernamental de los Estados *proceda de las encinas y de las rocas* (1), sino de las costumbres mismas de los miembros que los componen, y de la direccion que este conjunto de costumbres imprime á todo lo demás.

—Efectivamente.

—Por lo tanto, puesto que hay cinco especies de gobiernos, debe haber cinco caracteres del alma que corresponden á aquellos.

—Sin duda.

—Ya hemos tratado del carácter que corresponde á la aristocracia, y hemos dicho con razon que es bueno y justo.

—Sí.

—Ahora tenemos que recorrer los caracteres viciados; en primer lugar el que es celoso y ambicioso, formado segun el modelo del gobierno de Lacedemonia; y en seguida los caracteres oligárquico, democrático y tiránico. Cuando hayamos reconocido cuál es el más injusto de estos caracteres, le pondremos frente á frente del más justo, y comparando la justicia pura con la injusticia tambien

(1) *Iliada* XXII, 126.—*Odisea* XIX, 163.

sin mezcla, concluiremos por ver hasta qué punto la una y la otra nos hacen dichosos ó desgraciados, y si debere-
mos acogernos á la injusticia, siguiendo el consejo de
Trasimaco, ó rendirnos á la fuerza de las razones, que
nos precisan á abrazar el partido de la justicia.

—Es preciso hacerlo así.

—Hemos comenzado á examinar las costumbres del
Estado ántes de pasar á las de los individuos, porque he-
mos creído que este método era más claro; mas ahora.
¿qué será más conveniente, que continuemos en la misma
forma y que despues de haber considerado desde luego el
gobierno ambicioso, (porque no sé qué otro nombre darle
como no sea quizá el de timocracia ó de timarquía) pase-
mos en seguida al hombre que se le parece? La misma
conducta observaremos respecto á la oligarquía y al hom-
bre oligárquico. Luego, despues de haber echado una
mirada sobre la democracia, nos fijaremos en el hombre
democrático. Y, por último, llegaremos al gobierno tirá-
nico y examinaremos su constitucion; despues de lo que
estudiaremos el carácter tiránico, y trataremos de pro-
nunciar nuestro fallo con conocimiento de causa sobre la
cuestion que nos hemos propuesto resolver.

—No puede procederse con más orden en este exámen
y en este juicio.

—Procuremos por lo pronto explicar de qué manera
puede tener lugar el paso de la aristocracia á la timocra-
cia. ¿No es cierto, en general, que los cambios de todo
gobierno político tienen su origen en el partido que go-
bierna, cuando se suscita en él alguna excision, y que
por pequeño que se suponga este partido, mientras man-
tenga en su seno la armonía, es imposible que tenga lu-
gar alguna innovacion en el Estado?

—Eso es muy cierto.

—Por consiguiente, ¿cómo un Estado de las condiciones
del nuestro mudará de faz? ¿Por dónde la discordia, in-

filtrándose entre los guerreros y los jefes, armará cada una de estas clases contra la otra y contra sí misma? ¿Quieres que, á imitacion de Homero, conjuremos á las Musas para que nos expliquen el origen de la querella, y que las hagamos hablar en tono trágico y sublime, en parte festivamente tratándonos como niños, y en parte seriamente?

—¿Cómo?

—Poco más ó ménos de la manera siguiente. Es difícil que la constitucion de un Estado como el vuestro, se altere; pero como todo lo que nace está destinado á perecer, vuestro sistema de gobierno no subsistirá eternamente, se disolverá algun dia, y hé aquí cómo. Hay, no sólo para las plantas que nacen del seno de la tierra, sino tambien para el alma y cuerpo de los animales que viven sobre su superficie, cambios de fertilidad y de esterilidad. Estos cambios tienen lugar cuando cada especie termina y vuelve á comenzar su revolucion circular, la cual es más corta ó más larga segun que la vida de cada especie es más larga ó más corta. Vuestros magistrados, por hábiles que sean y por mucho que los auxilien la experiencia y el cálculo, podran no fijar exactamente el instante favorable ó contrario á la propagacion de su especie. Se les escapará este instante, y darán al Estado hijos en épocas desfavorables. Las generaciones divinas tienen un período, que comprende un número perfecto, pero respecto á la raza humana hay un número geométrico (1), cuya virtud preside á las buenas y malas generaciones. Ignorando la virtud de este número, vuestros magistrados harán contraer en épocas indebidas matrimo-

(1) Aquí hay una frase sobre este número geométrico al que parece imposible encontrar un sentido racional y cuya oscuridad le ha hecho proverbial, como dice Cousin. Saisset cita una nota de Cousin y éste en su traduccion omite tambien la frase por la misma razon.

nios de que nacerán bajo funestos auspicios hijos de mala índole. Sus padres escogerán, es cierto, los mejores de entre ellos para que ocupen su lugar; pero como serán indignos de sucederles en sus puestos, apenas se vean elevados, cuando ya comenzarán á despreciarnos, no haciendo de la música el caso que debieran, y despreciando en igual forma la gimnasia, de donde resultará que la educacion de vuestros jóvenes será mucho ménos perfecta. Y así los magistrados, que fueren escogidos de entre ellos, no tendrán el talento de discernir las razas de oro, de plata, de bronce y de hierro, de que habla Hesiodo (1), y que se encuentran entre vosotros. Llegando, pues, á mezclar el hierro con la plata y el bronce con el oro, resultará de esta mezcla una falta de conveniencia, de regularidad y de armonía, defecto que allí donde aparece engendra siempre la enemistad y la guerra. Este es el origen de la excision en todas partes donde surge.

—Y nosotros diremos, que las musas no se engañan.

—¿Cómo pueden las musas engañarse?

—Pues bien, ¿qué es lo que dicen despues?

—«Una vez producida la excision, las dos razas de hierro y de bronce tratarán de enriquecerse y de adquirir tierras, casas, oro y plata, mientras que las razas de oro y plata, ricas por naturaleza y no estando desprovistas, tenderán á la virtud y al sostenimiento de la constitucion primitiva. Despues de muchas luchas y violencias, las gentes de guerra y los magistrados convendrán en dividir entre sí las tierras y las casas, destinarán como esclavos al cuidado de sus tierras y sus casas el resto de los ciudadanos, á quienes consideraban ántes como hombres libres, como sus amigos y como proveedores de su mantenimiento, y continuarán ellos mismos haciendo la guerra y proveyendo á la comun seguridad.»

(1) *Las obras y los dias*, v. 108 y siguientes.

—Me parece que semejante revolucion no tendrá otra causa.

—Un gobierno de esta clase, ¿será un término medio entre la aristocracia y la oligarquía?

—Sí.

—La revolucion se hará, pues, del modo que yo he explicado; ¿pero cuál será la forma de este nuevo gobierno? ¿No es evidente, que retendrá algo de lo antiguo y que tomará algo del gobierno oligárquico, puesto que ocupa un lugar intermedio entre uno y otro, y que, en fin, tendrá algo que sea propio y distintivo?

—Sin duda.

—Conservará de la aristocracia el respeto á los magistrados, la aversion de los guerreros á la agricultura, á las artes mecánicas y á las profesiones lucrativas, la costumbre de las comidas públicas y el cuidado de practicar los ejercicios gimnásticos y militares.

—Sí.

—Lo que tendrá de propio será el temor de elevar á los sabios á las primeras dignidades, porque ya no se formarán en su seno caracteres de una virtud sencilla y pura sino que aparecerán caracteres compuestos de diversos elementos; el elegir para el mando espíritus poco ilustrados, dominados por la cólera, y nacidos más para la guerra que para la paz; el tener muy en cuenta las estratagemas y ardidés de la guerra, y el estar siempre con las armas en la mano.

—Sí.

—Hombres de esta condicion estarán ansiosos de riquezas, como en los Estados oligárquicos. Ciegos adoradores del oro y de la plata, los honrarán en la oscuridad, y los tendrán secretamente encerrados en cofres. Ellos mismos, atrincherados en el recinto de sus casas como en otros tantos nidos, gastarán en mujeres y en todo lo que halague sus pasiones.

—Es muy cierto.

—Serán, pues, avaros de su dinero, porque lo aman y lo poseen clandestinamente, y al mismo tiempo serán pródigos de los bienes de los demás á causa del deseo que tienen de satisfacer sus pasiones. Entregados en secreto á todos los placeres, se ocultarán de la ley, como un hijo relajado se oculta de su padre; y todo esto, gracias á una educacion fundada, no en la persuasion, y sí en la fuerza, por haber despreciado la verdadera musa, la que preside á la dialéctica y á la filosofía, y por haber preferido la gimnasia á la música.

—Esa es la imágen de un gobierno mezclado de bien y de mal.

—Tú lo has dicho. Como la cólera domina aquí, lo que más sobresale es la ambicion y la sed de empleos.

—Es cierto.

—Tales serian el origen y las costumbres de este gobierno. No he hecho una pintura exacta de él y sí sólo un bosquejo, porque esto basta á nuestro propósito, que es conocer el hombre justo y el injusto; y porque, por otra parte, tendríamos que entrar en interminables pormenores si quisiéramos describir con completa exactitud cada gobierno y cada carácter.

—Tienes razon.

—¿Cuál es el hombre que corresponde á este gobierno? ¿Cómo se forma y cuál es su carácter?

—Me imagino, dijo Adimanto, que debe parecerse á Glaucon, por lo ménos en punto á ambicion.

—Podrá ser, le dije yo; pero me parece que difiere bajo otros muchos conceptos.

—¿Cuáles?

—Debe ser más vanidoso y ménos educado para las musas, aunque las ama bastante. Oirá con gusto, pero no tendrá ningun talento para hacer uso de la palabra. Duro con los esclavos, en vez de no hacer aprecio de ellos,

como hacen los que han recibido buena educacion, será dulce con sus iguales y respetuoso con sus superiores. Aspirará á los honores y dignidades, no por la elocuencia ni por ningun otro medio del mismo género, sino por las virtudes guerreras, y así tendrá pasion por la caza y por los ejercicios gimnásticos.

— Hé ahí pintadas al natural las costumbres de los ciudadanos de ese Estado.

— Durante su juventud podrá muy bien despreciar las riquezas, pero su apego á ellas crecerá con la edad, porque su carácter le inclina á la avaricia, y porque, destituida su virtud de su fiel guardiana, no es pura ni desinteresada.

— ¿Qué guardiana es esa?

— La dialéctica moderada por la música, porque sólo ella puede conservar la virtud en un corazon que la posee.

— Dices bien.

— Tal es el jóven ambicioso, imágen del gobierno timocrático.

— En efecto.

— Hé aquí ahora de qué manera se forma. Tendrá por padre un hombre de bien, ciudadano en un Estado mal gobernado, que huye de los honores, de las dignidades, de las magistraturas y de todas las molestias que los cargos llevan consigo; y en fin, que prefiere su reposo á su encumbramiento.

— ¿Cómo se forma el carácter de este jóven?

— En primer lugar por los discursos de su madre, á quien oye quejarse á todas horas de que su marido no tiene cargo alguno en el Estado; que así es ella ménos considerada entre las demás mujeres; que su marido no se afana por aumentar su capital; que sufre cualquiera daño primero que pelearse con nadie; y que ella ve claramente que, consagrado á sí propio, tiene para ella la mayor indife-

rencia. Esta madre, resentida de una conducta semejante, repite sin cesar al hijo, que su padre es un hombre indolente y sin carácter, y otras cien frases semejantes de las que las mujeres acostumbran á decir en tales ocasiones.

—Es cierto que se valen de tales lamentos, porque están en su carácter.

—Tampoco ignoras, que tambien los criados, creyendo dar una prueba de celo para con el hijo de la casa, usan con él en secreto el mismo lenguaje. Cuando ven, por ejemplo, que el padre no entabla reclamacion para el pago de una deuda ó la reparacion de alguna injuria, le dicen al hijo: «cuando seas grande, haz valer tus derechos, y procura ser más hombre que tu padre.» Cuando sale de casa, oye por todas partes el mismo lenguaje; ve que son despreciados y considerados como imbéciles los que se ocupan en lo que les importa, mientras que son honrados y alabados los que se mezclan en lo que no les interesa. Este jóven, que escucha y ve todo esto y que oye de boca de su padre un lenguaje enteramente distinto, y que observa que la conducta de éste es opuesta á la de los demás, es atraído á la vez por dos fuerzas; por su padre, que cultiva y fortifica la parte racional de su alma, y por los demás, que inflaman su cólera y sus deseos. Como su natural no es malo de suyo, y si es solicitado por el mal es sólo por los hombres malos con quienes trata, adopta un término medio entre los dos partidos extremos, y entrega el mando de su alma á esta parte de sí mismo, en que residen la cólera y el espíritu de disputa, que ocupa un término medio entre la razon y las pasiones, y de esta manera se hace un hombre ambicioso y altanero.

—Me parece, que has explicado perfectamente el origen y desenvolvimiento de este carácter.

—Tenemos, pues, la segunda especie de hombre y de gobierno.

—Sí.

—Pasemos revista, como dice Esquilo, á *otro hombre junto con otro Estado* (1), y para seguir el mismo orden, comencemos por el Estado.

—Conforme.

—El gobierno, que corresponde examinar ahora, creo que es la oligarquía.

—¿Qué entiendes tú por oligarquía?

—Entiendo una forma de gobierno, donde el censo decide de la condicion de cada ciudadano; donde los ricos, por consiguiente, ejercen el mando sin que los pobres participen de él.

—Comprendo.

—¿No deberemos decir ante todo cómo la timarquía se convierte en oligarquía?

—Sí.

—No hay nadie, por poca perspicacia que tenga, que no vea cómo se verifica la transicion de la una á la otra.

—¿Cómo?

—Estas riquezas, acumuladas en los cofres de cada particular, son causa de la ruina de la timarquía. Su primer efecto es arrastrar á cada ciudadano á gastar en lujo para sí y para su mujer, y, por consiguiente, á desconocer y eludir la ley.

—Así debe suceder.

—En seguida, excitados los unos con el ejemplo de los demás y queriendo imitarles, en poco tiempo el contagio se hace general.

—Tambien debe de suceder eso.

—En fin, se dejan dominar más y más por la pasion de amontonar riquezas, y cuanto más aumenta el crédito de éstas, tanto más disminuye el de la virtud. ¿El oro y la virtud no son como dos pesos puestos en una balanza, no pudiendo subir el uno sin que el otro baje?

(1) *Los siete delante de Thebas*, v. 555.

—Sí.

—Por consiguiente, la virtud y los hombres de bien son ménos estimados en un Estado á proporcion que se estiman más los ricos y las riquezas.

—Eso es evidente.

—Pero se busca lo que se estima, y se desprecia lo que se desestima.

—Sin duda.

—Por consiguiente, en la timarquía los ciudadanos, de ambiciosos é intrigantes que eran, concluyen por hacerse avaros y codiciosos. Reservan todos sus elogios y toda su admiracion para los ricos; los empleos son para ellos solos, y basta ser pobre para verse despreciado.

—Sin contradiccion.

—Entonces se fijan por una ley las condiciones necesarias para participar del poder oligárquico, y estas condiciones se resumen en la cuota de la renta. La cuota, que se requiere, es más ó ménos grande, segun que el principio oligárquico está más ó ménos en vigor, y está prohibido aspirar á los cargos públicos á todos aquellos cuya renta no ascienda á la tasa señalada. Los ricos hacen que pase esta ley valiéndose de la fuerza y de las armas, ó bien se acepta por temor de que ellos cometan alguna violencia. ¿No pasan así las cosas?

—Sí.

—Hé aquí, pues, cómo se establece poco más ó ménos esta forma de gobierno.

—Sí; ¿pero cuáles son sus costumbres y cuáles los vicios que nosotros le echamos en cara?

—El primero es el principio mismo de este Estado. Escucha lo que voy á decir. Si en la eleccion de un piloto se atendiese únicamente al censo, y se excluyese del gobierno del timon al pobre á pesar de su experiencia, ¿qué resultaria?

—Que las naves serian muy mal gobernadas.

—¿No será lo mismo respecto á otra gobernacion, cualquiera que ella sea?

—Lo creo así.

—¿Y deberemos exceptuar el gobierno de un Estado?

—Méenos que ningun otro, porque es el más difícil y el más importante de todos los gobiernos.

—Luego la oligarquía tiene este vicio capital.

—Sí.

—¿Y es ménos grave este otro?

—¿Cuál?

—Este Estado no es uno por su naturaleza, sino que encierra necesariamente dos Estados, uno compuesto de ricos y otro de pobres, que habitan el mismo suelo y que se esfuerzan sin cesar en destruirse los unos á los otros.

—Ciertamente este vicio no es ménos grave que el primero.

—Tampoco es una gran ventaja para este gobierno la impotencia en que está de hacer la guerra, porque necesita para ello ó armar la multitud á la que tiene que temer más que al enemigo, ó no servirse de ella y entrar en lucha con un ejército verdaderamente oligárquico (1), prescindiendo de que los ricos se niegan por avaricia á pagar los gastos de la guerra.

—Está muy léjos de ser una ventaja.

—Además, ¿no ves que los mismos ciudadanos son á la vez en este gobierno labradores, guerreros y comerciantes? ¿Y no hemos proscrito esta acumulacion de muchos oficios en manos de un solo individuo?

—Razon hemos tenido para ello.

—Mira ahora si el mayor vicio de esta constitucion no es el que voy á decir.

(1) Compuesto sólo de ricos y, por consiguiente, poco numeroso.

—¿Qué vicio?

—La libertad en que se deja á cada uno de deshacerse de sus bienes ó de adquirir los de los demás; de permanecer en el Estado el que los ha vendido sin tener ninguna ocupacion, sin ser artesano, ni comerciante, ni soldado, ni otro título, en fin, que el de pobre é indigente.

—Tienes razon.

—En los gobiernos oligárquicos no se trata de impedir este desórden, porque si se hiciese, los unos no poseerian riquezas inmensas mientras los otros se ven reducidos á la última miseria.

—Es cierto.

—Fija tu atencion en lo que voy á decir. Cuando este hombre, rico en otro tiempo, se arruinaba haciendo gastos insensatos, ¿qué ventaja sacaba de ello el Estado? ¿Pasaba por uno de sus jefes, ó no era ni jefe ni servidor, ni tenia otro destino que el de gastar sus bienes?

—Era un pródigo y nada más.

—¿Quieres que digamos de este hombre, que es en el Estado lo que un zángano en la colmena, es decir, una plaga?

—Así es, Sócrates.

—Pero hay esta diferencia, mi querido Adimanto: que Dios ha querido, que los zánganos alados nazcan sin aguijon, mientras que si entre los zánganos de dos piés los hay que no tienen aguijon, otros, por el contrario, le tienen muy punzante. Los que no lo tienen viven y mueren en la indigencia; y entre los que lo tienen se encuentran todos los malhechores.

—Nada más cierto.

—Es claro, que en todo Estado en que veas pobres, hay ladronzuelos, rateros, sacrílegos y malvados de todas especies.

—No puede ponerse en duda.

—Pero en los gobiernos oligárquicos ¿no hay pobres?

—Casi todos los ciudadanos lo son á excepcion de los jefes.

—Por consiguiente, ¿no estamos autorizados para creer que en tales Estados se encuentran muchos malhechores armados de aguijon, á quienes los magistrados vigilan y contienen por la fuerza?

—Sí.

—Pero, si se nos pregunta quién ha creado esta mala gente, ¿no diremos que la ignorancia, la mala educacion y el vicio mismo del gobierno?

—Sin duda.

—Tal es el carácter del Estado oligárquico, tales son sus vicios, y quizá tiene aún más.

—Quizá.

—De esta manera resulta acabado el cuadro de este gobierno, que se llama oligarquía, en el que segun el censo se obtienen los diferentes grados del poder. Pasemos ahora al hombre oligárquico. Veamos cómo se forma, y cuál es su carácter.

—Veámoslo.

—El cambio del espíritu timárquico en oligárquico en un individuo, ¿no se verifica de esta manera?

—¿De qué manera?

—El hijo quiere, por lo pronto, imitar á su padre y seguir sus pasos; pero viendo despues que su padre se ha estrellado contra el Estado, como una nave contra un escollo; que despues de haber prodigado sus bienes y su persona, ya á la cabeza de los ejércitos, ya en otro cargo importante, es conducido delante de los jueces, calumniado por impostores, condenado á muerte, al destierro, á la pérdida de su honor ó de sus bienes...

—Eso sucede con frecuencia.

—Viendo, digo, caer sobre su padre tantas desgracias, que tambien llegan á él; despojado de su patrimonio, y temiendo por su propia vida, arroja aquella ambicion y

aquellos elevados sentimientos del trono, que les habia levantado en su alma; y humillado por el estado de indigencia en que se encuentra, ya no piensa sino en amontonar bienes de fortuna, y por medio de un trabajo asfduo y de mezquinos ahorros consigue al cabo enriquecerse. ¿No crees que entónces hará subir á ese mismo trono, de que ha arrojado la ambicion, el espíritu de codicia y de avaricia, convirtiéndole en su gran rey, y ciñéndole la diadema, el collar y la cimitarra?

—Lo creo.

—Poniendo en seguida á los piés de este nuevo señor, de una parte la razon, de otra el valor, y encadenados ambos como viles esclavos, obliga á la una á no reflexionar, á no pensar sino en los medios de acumular nuevos tesoros; y obliga al otro á no admirar ni honrar más que las riquezas y á los ricos, á poner toda su gloria en la posesion de una gran fortuna y en el arte de acumularla.

—En un jóven no hay cosa más rápida y violenta que el paso de la ambicion á la avaricia.

—¿No es este el carácter oligárquico?

—Por lo ménos la metamorfosis que ha sufrido es semejante á la revolucion que, segun hemos visto, concluye en el gobierno oligárquico.

—Veamos si se parece á la oligarquía.

—Lo deseo.

—Por lo pronto, ¿no tiene como primer rasgo de semejanza el colocar las riquezas por cima de todo?

—Sin contradiccion.

—Además se le parece por el espíritu de ahorro y por la industria; no concede á la naturaleza más que la satisfaccion de los deseos necesarios; se priva de todo otro gasto, y domina todos los demás deseos considerándolos como insensatos.

—Es cierto.

—Es sórdido, de todo hace dinero, no piensa más que

en atesorar; en fin, es de aquellos á quienes el vulgo admira. ¿No es este un retrato fiel del carácter análogo al gobierno oligárquico?

—Sí, porque ni de una ni de otra parte se ve nada que deba ser preferido á las riquezas.

—Sin duda que este hombre apenas si ha pensado en instruirse.

—No hay trazas de ello, porque en tal caso no se dejaría conducir por un guía ciego (1).

—Atiende á lo que voy á decir. ¿No podremos afirmar que la falta de educacion ha hecho nacer en él deseos que corresponden á la naturaleza de los zánganos, unos siempre indigentes, otros inclinados siempre á obrar mal, deseos que contiene con gran dificultad?

—Así es.

—¿Sabes en qué ocasiones se mostrarán sus deseos maléficos?

—¿En qué ocasiones?

—Cuando se encargue de una tutela ó de cualquiera otra comision, en que tenga libertad de obrar mal.

—Tienes razon.

—¿No es claro, que si en otras circunstancias de la vida pasa por un hombre de honor y de probidad, si contiene sus malos deseos y los oculta bajo el velo de la equidad y de la moderacion, no es claro, repito, que no lo hace ni por virtud ni por exigencias de la razon, sino por necesidad ó por temor de perder sus bienes, al querer apoderarse de los de los demás?

—Es cierto.

—Pero cuando se trata de gastar bienes ajenos, entón-ces es, mi querido amigo, cuando descubrirás en los hombres de esta condicion deseos propios de la naturaleza de los zánganos.

(1) Pluton, el dios ciego de las riquezas.

—Estoy convencido de ello.

—Un hombre de tal carácter experimentará necesariamente rebeliones dentro de sí mismo; habrá en él dos hombres diferentes, cuyos deseos combatirán entre sí, y de ordinario los buenos podrán más que los malos.

—Bien.

—Por esta razón en el exterior aparecerá más moderado y más dueño de sí mismo que muchos otros. Pero la verdadera virtud, la que produce la armonía y la unidad, está muy distante de encontrarse en su alma.

—Pienso como tú.

—Si se suscita alguna cuestión de honor entre particulares ó una lucha entre conciudadanos, este hombre económico no lo toma á pechos. No gusta de gastar su dinero por cosas de honor ni por esta clase de combates, porque teme despertar en su alma deseos pródigos y llamarlos en su auxilio. Se presenta, pues, en lid sobre una base oligárquica, es decir, con una pequeña parte de sus fuerzas; queda casi siempre debajo; ¿pero qué le importa si se enriquece?

—Convengo en ello.

—¿Dudaremos aún de la perfecta semejanza que hay entre el hombre avaro y económico y el gobierno oligárquico?

—No.

—Me parece que corresponde ahora examinar el origen y las costumbres de la democracia, y observar despues estas mismas cualidades en el hombre democrático, á fin de que podamos compararlos entre sí y juzgarlos.

—Eso es, si hemos de seguir nuestro método acostumbrado.

—Se pasa de la oligarquía á la democracia á causa del deseo insaciable de estas mismas riquezas, que se miran como el primero de todos los bienes en el gobierno oligárquico.

—¿Cómo?

—Los jefes, que deben los cargos que ocupan á las inmensas riquezas que poseen, se guardan bien de reprimir mediante la severidad de las leyes el libertinaje de los jóvenes corrompidos, ni de impedir que se arruinen con sus despilfarros, porque su plan es comprarles los bienes, hacerles préstamos con crecidos intereses, y aumentar por este medio sus riquezas y su crédito.

—Sin duda.

—Es evidente, que en todo gobierno, cualquiera que él sea, es imposible que los ciudadanos estimen las riquezas y practiquen al mismo tiempo la templanza, sino que es una necesidad que sacrifiquen una de estas dos cosas á la otra.

—Eso es completamente evidente.

—Así es que los magistrados en las oligarquías, por su negligencia y la anchura que dan al libertinaje, han reducido muchas veces á la indigencia á hombres bien nacidos.

—Sin duda.

—Esto da origen á que haya en el Estado gentes pro vistas de agujijones, unos oprimidos con las deudas, otros notados de infamia, y algunos que han perdido á la vez los bienes y el honor, todos los que se hallan en permanente hostilidad contra los que se han enriquecido con los despojos de su fortuna y contra el resto de los ciudadanos, no aspirando más que á promover una revolucion en el gobierno.

—Así es.

—Sin embargo, estos usureros ávidos, preocupados con su negocio y sin reparar en los que han arruinado, continúan prestando con un interés exorbitante y enriqueciéndose, abriendo brechas terribles en el patrimonio de sus muchas víctimas y multiplicando por este medio en el Estado la raza de los zánganos y de los pobres.

—¿Cómo no ha de multiplicarse?

—No quieren, á pesar de eso, contener esta plaga creciente, ya impidiendo á los particulares disponer de sus bienes á su capricho, ó ya empleando otro cualquier medio que impida igualmente el progreso del mal.

—¿Y cuál es ese otro?

—El que es natural emplear á falta del primero, y que obligaria á los ciudadanos á ser hombres de bien por amor á sus intereses; porque si los contratos de este género se celebrasen á riesgo y ventura del prestamista, la usura se ejerceria con ménos impudencia, y el Estado se veria libre de este diluvio de males de que he hablado.

—Convengo en ello.

—Asi se ven los ciudadanos reducidos á este triste estado por culpa de los gobernantes, y como una consecuencia necesaria, estos mismos se corrompen y corrompen á sus hijos, los cuales pasando una vida voluptuosa sin ejercitar su espíritu ni su cuerpo, se hacen débiles é incapaces de resistir al placer y al dolo.

—Es cierto.

—Ocupados sus padres únicamente en enriquecerse, desprecian todo lo demás, y no toman más interés por la virtud que los que ellos han reducido á la indigencia.

—Sin duda.

—Con esta disposicion de espíritu, cuando gobernantes y gobernados se encuentran juntos en viajes, en una teoría (1), en el ejército, tanto en mar como en tierra, ó en cualquiera otra coyuntura, y se observan mutuamente en circunstancias peligrosas, los ricos entónces no tienen ningun motivo para despreciar á los pobres; por el contrario, cuando un pobre, flaco y quemado por el sol, se ve en una pelea al lado de un rico educado á la sombra y muy obeso, viéndole desalentado é inquieto por su

(1) Expedicion religiosa. Véase el *Fedon*.

suerte, ¿qué pensamientos crees que le vienen en tal momento al espíritu? ¿No se dice á sí mismo, que estas gentes sólo deben sus riquezas á la cobardía de los pobres? Y cuando se encuentran juntos ¿no se dicen unos á otros: ¡En verdad, nuestros hombres de importancia son bien poca cosa!

—Estoy persuadido de que hablan y piensan de esa manera.

—Y así como un cuerpo enfermo cae al suelo al más pequeño accidente, y en ocasiones cae sin que sobrevenga ninguna causa exterior, así un Estado, que se encuentra en la situación en que acabo de decir, no tarda en ser presa de sediciones y guerras intestinas, en el momento en que con el menor pretexto los ricos y los pobres, queriendo fortificar su partido, llaman en su auxilio, éstos á los habitantes de una república vecina, aquellos á los jefes de cualquier Estado oligárquico; y algunas veces las dos facciones se despedazan con sus propias manos, sin que los extranjeros tomen parte en sus querellas.

—Sí, ciertamente.

—El gobierno se hace democrático cuando los pobres, consiguiendo la victoria sobre los ricos, degüellan á los unos, destierran á los otros, y reparten con los que quedan los cargos y la administracion de los negocios, reparto que en estos gobiernos se arregla de ordinario por la suerte.

—Así es, en efecto, como la democracia se establece, sea por la vía de las armas, sea que los ricos, temiendo por sí mismos, tomen el partido de retirarse.

—¿Cuáles serán las costumbres, cuál la constitucion de este nuevo gobierno? Veremos luego el hombre que se parece á él, y podremos llamarle el hombre democrático.

—Ciertamente.

—Por lo pronto, todo el mundo es libre en este Estado;

en él se respira la libertad y se vive libre de toda traba; cada uno es dueño de hacer lo que le agrada.

—Así se cuenta.

—Pero donde quiera que existe este poder, es claro que cada ciudadano dispone de sí mismo y escoge á su placer el género de vida que más le agrada.

—Sin duda.

—Por consiguiente, en un gobierno de esta clase debe haber hombres de toda especie de profesiones.

—Sí.

—En verdad esta forma de gobierno tiene trazas de ser la más bella de todas, y esta diversidad prodigiosa de caracteres es de admirable efecto, como las flores bordadas que hacen resaltar la belleza de una tela.

—¿Por qué nó?

—Por lo ménos lo será para aquellos que juzgan de las cosas como las mujeres y los niños juzgan los objetos abigarrados.

—No tengo dificultad en creerlo.

—En este estado, mi querido amigo, puede cada uno buscar el género de gobierno que le acomode.

—¿Por qué?

—Porque los comprende todos, y cada cual tiene la libertad de vivir como quiera. Efectivamente, si alguno quisiera formar el plan de un Estado, como ántes hicimos nosotros, no tendria más que trasladarse á un Estado democrático, porque es éste un mercado donde se vende toda clase de gobiernos. No tendria más que escoger, y despues realizar su proyecto bajo el plan que hubiere preferido.

—No le faltarian modelos.

—Si hemos de juzgar á primer golpe de vista, ¿no es una condicion agradable y cómoda en semejante gobierno el no poder ser uno obligado á desempeñar un cargo público, aunque tenga méritos para ello; el no estar some-

tido á ninguna autoridad, si no se quiere; el no ir á la guerra cuando los otros van; el vivir en guerra, si hay gusto en ello, mientras los demás viven en paz; y el de ser juez ó magistrado si se le pone en la cabeza, por más que la ley le prohiba el ejercicio de tales funciones?

—A primera vista, sin duda, así parece.

—¿No tiene tambien algo de admirable la dulzura con que en estos gobiernos se trata á algunos penados? ¿No has visto hombres condenados á muerte ó al destierro permanecer y pasearse en público, con una desenvoltura y un continente de héroes, como si nadie fijase la atencion ni debiera apercibirse de ello?

—Yo he visto á muchos.

—¡Y esta indulgencia, esta manera de pensar ajena á todo escrúpulo mezquino, que hace que tal Estado desdén aquellas máximas de que nosotros hemos tratado con tanto respeto al trazar el plan de nuestro Estado, cuando dijimos que á no estar dotado de una naturaleza extraordinaria, ninguno podia hacerse virtuoso, si desde la infancia no se le habia inspirado las ideas de lo bello y de lo bueno, y si despues no hacia sobre estas ideas un estudio serio!... ¡Ah! ¡con qué grandeza de alma se pisotean todas estas máximas, sin tomarse el trabajo de examinar ouál ha sido la educacion de los que se ingieren en el manejo de los negocios públicos! ¡Qué empeño, por el contrario, en acogerlos y en honrarlos, con tal que se digan muy celosos por los intereses del pueblo!

—Supone lo que dices, en efecto, mucha magnanimidad.

—Tales son, entre otras muchas, las ventajas de la democracia. Es, como ves, un gobierno muy cómodo, donde nadie manda, en el que reina una mezcla encantadora y una igualdad perfecta, lo mismo entre las cosas desiguales, que entre las iguales.

—Nada dices que no sepa todo el mundo.

—Considera ahora este carácter en un individuo. ó más bien, para seguir siempre el mismo orden, ¿no debemos ver ántes cómo se forma?

—Sí.

—¿No se forma de esta manera? El hombre avaro y oligárquico tiene un hijo que educa en sus mismas ideas.

—Muy bien.

—Este hijo, á ejemplo de su padre, domina por la fuerza los deseos, que podrian conducirle al despilfarro y que son enemigos de la ganancia, los que se llaman supérfluos.

—Así debe suceder.

—¿Quieres que para poner más en claro este asunto, comencemos por distinguir bien los deseos necesarios de los deseos supérfluos?

—Sí lo quiero.

—¿No hay razon para llamar deseos necesarios á aquellos que no podemos cercenar, ni reprimir, y cuya satisfaccion por otra parte nos es útil? porque evidentemente estos deseos son necesidades de nuestra naturaleza; ¿no es así?

—Sí.

—Con justa razon los llamaremos, por consiguiente, deseos necesarios.

—Sin duda.

—En cuanto á aquellos de que es fácil deshacerse, si en tiempo se toman precauciones, y cuya presencia, lejos de producir en nosotros ningun bien, nos causa muchas veces grandes males, ¿qué nombre puede convenirles mejor que el de deseos supérfluos?

—Ningun otro.

—Tomemos un ejemplo de unos y otros, para formarnos de ellos una idea más exacta.

—Bien.

• —El deseo de comer algo condimentado, en cuanto es

indispensable para mantener la salud y las fuerzas, ¿no es necesario?

—Creo que sí.

—El simple deseo de alimentarse es necesario por dos razones; porque es útil comer, y porque en otro caso seria imposible vivir.

—Sí.

—El del condimento no es necesario, sino en cuanto viene bien á la salud.

—Es cierto.

—Pero el deseo de toda clase de comidas y de guisados, deseo que se puede reprimir y hasta quitar por entero mediante una buena educacion, deseo dañoso al cuerpo y al alma, á la razon y á la templanza, ¿no debe ser comprendido entre los deseos supérfluos?

—Sin duda.

—Diremos, por lo tanto, que estos son deseos pródigos, y aquellos deseos provechosos, porque nos sirven para hacernos más capaces de obrar.

—Sí.

—El mismo juicio formaremos de los placeres del amor y de todos los demás placeres.

—Sí.

—¿No hemos dicho de aquel, á quien hemos dado el nombre de zángano, que estaba dominado por los deseos supérfluos, mientras que el hombre económico y oligárquico sólo es gobernado por los deseos necesarios?

—Sí, lo hemos dicho.

—Expliquemos de nuevo cómo este hombre oligárquico se hace democrático; y hé aquí de que manera, á mi juicio, se verifica esto ordinariamente.

—¿Cómo?

—Cuando un jóven mal educado, en la forma que hemos dicho, y alimentado en el amor del lucro, llega á gustar la miel de los zánganos, y á vivir en relacion con

estos insectos ávidos y hábiles para excitar en él deseos de todas clases, ¿no sufre entónces el gobierno interior de su alma un cambio, pasando de oligárquico que era á democrático?

—Es una necesidad inevitable.

—Así como el Estado ha mudado de forma, porque la faccion del pueblo, auxiliada por extranjeros que favorecian sus designios, ha vencido á los ricos, del mismo modo ¿no es una necesidad que este jóven mude tambien de costumbres á causa del apoyo que sus pasiones encuentran en las pasiones de la misma naturaleza?

—Sí.

—Si su padre ó sus parientes enviasen por su parte auxilios á la faccion de los deseos oligárquicos, y para sostenerla empleasen consejos saludables y la reprension, ¿no seria su corazon entónces teatro de una guerra intestina?

—Sin duda.

—Algunas veces sucede, que la faccion oligárquica triunfa de la democrática, y entónces los deseos malos son en parte destruidos, en parte arrojados del alma, efecto de un pudor generoso que se despierta en el jóven que entra así en la senda del deber.

—Algunas veces sucede eso.

—Pero bien pronto, á causa de la mala educacion que ha recibido de su padre, nuevos deseos, más fuertes y numerosos, suceden á los que ha desterrado.

—Nada más frecuente.

—Estos nuevos deseos le arrastran otra vez á buscar los mismos compañeros, y de esta relacion clandestina nace una multitud de otros deseos.

—Sí.

—Por último, se apoderan de la ciudadela del alma de este jóven, despues de haber visto que estaba vacía de ciencia, de nobles costumbres, de máximas verdaderas,

que son la salvaguardia más segura y más fiel de la razon de los mortales amados de los dioses.

—Sin duda.

—Bien pronto juicios falsos y presuntuosos y opiniones atrevidas acuden en tropel, y entran en la ciudadela.

—¡Ay de mí! es cierto.

—¡No es entónce cuando vuelve á unirse á sus primeros compañeros, cuando embriagándose con lotos (1), no se ruboriza ya de mantener relacion íntima con ellos? Si de parte de sus amigos ó de sus parientes llega algun refuerzo al partido de la economía y del ahorro, las máximas presuntuosas, cerrando prontamente las puertas del castillo real, niegan la entrada á este socorro; ni siquiera escuchan los consejos, que á manera de embajada envian ancianos llenos de buen sentido y de experiencia. Secundadas estas máximas presuntuosas por una multitud de perniciosos deseos, consiguen la victoria, y calificando el pudor de imbecilidad, le rechazan ignominiosamente, destierran la templanza despues de haberla ultrajado dándola el nombre de cobardía, y exterminan la moderacion y la frugalidad á las que dan el dictado de rusticidad y de bajeza.

—Sí, verdaderamente.

—Despues de haber purgado á su modo y creado este vacío en el alma del desgraciado jóven, que se ve sitiado de esta manera, suponen que le inician en los más grandes misterios, y para ello introducen en su alma, con numeroso acompañamiento, ricamente adornadas y con coronas sobre la cabeza, la insolencia, la anarquía, el libertinaje y la desvergüenza; de los que hacen mil elogios, encubriendo su fealdad con los nombres más preciosos, la

(1) Fruto de que Homero dice que no se podia comer sin olvidar lo pasado.

insolencia, con el de cultura; la anarquía, con el de libertad; el libertinaje, con el de magnificencia; la desvergüenza, con el de valor. ¿No es de esta manera como un jóven, acostumbrado desde la infancia á no satisfacer otros deseos que los necesarios, pasa al Estado, no sé si de libertad ó de esclavitud, en el que se deja dominar por una infinidad de deseos supérfluos y perniciosos?

—No puede exponerse este cambio de una manera más patente.

—Despues de todo esto, ¿cómo vive? No distinguiendo los placeres supérfluos de los placeres necesarios, se entrega á los unos y á los otros, y no ahorra para satisfacer los bienes, cuidados, ni tiempo. Si tiene la fortuna de no llevar el desórden al exceso, y si la edad, habiendo apaciguado un tanto sus pasiones, le obliga á llamar del destierro á la faccion perseguida y á no entregarse sin reserva al partido vencedor, entónces establece una especie de equilibrio entre sus deseos, y haciéndoles, por decirlo así, echar suertes, entrega su alma al primero que ha sido por ésta favorecido. Satisfecho este deseo, se somete al imperio de otro, y así sucesivamente; y sin fijarse en ninguno, atiende á todos por igual.

—Es cierto.

—Si alguno llega á decirle que hay placeres de dos clases, unos que son resultado de deseos inocentes y legítimos, y otros que son fruto de deseos criminales y prohibidos, y que es preciso estimar y buscar los primeros, reprimir y domar los segundos, cierra todas las avenidas de la ciudadela á estas sábias máximas, sólo responde á ellas por signos desdeñosos, y sostiene que todos los placeres son de la misma naturaleza y merecen ser satisfechos.

—Tal debe ser, en efecto, su conducta, dada la disposicion de espíritu en que se encuentra.

—Vive al dia. El primer deseo que se presenta, es el

primero que satisface. Hoy tiene deseo de embriagarse entre canciones báquicas, y mañana ayunará y no beberá más que agua. Tan pronto se ejercita en la gimnasia, como está ocioso y sin cuidarse de nada. Algunas veces es filósofo, las más es hombre de Estado; sube á la tribuna, habla y obra sin saber lo que dice ni lo que hace. Un dia envidia la condicion de los guerreros y héle aquí convertido en guerrero; otro dia se convierte en comerciante. En una palabra, en su conducta no hay nada fijo, nada arreglado; no permite que se le oponga resistencia en nada, y llama á la vida que pasa, vida libre y agradable, vida dichosa.

—Nos has pintado al natural la vida de un amigo de la igualdad.

—Este hombre, que reúne en sí toda clase de costumbres y de caracteres, tiene todo el placer y toda la variedad del Estado popular; y no es extraño, que tantas personas de uno y otro sexo encuentren tan encantador un género de vida, en el que aparecen reunidas todas las clases de gobiernos y de caracteres.

—Lo concibo.

—Pongamos, pues, frente á frente de la democracia á este hombre, que se puede con razon llamar democrático.

—Pongámoslo.

—Ahora nos queda por examinar la forma más bella de gobierno y el carácter más acabado; quiero decir la tiranía y el tirano.

—Sin duda.

—Veamos, mi querido Adimanto, cómo se forma el gobierno tiránico, y por lo pronto si debe su origen á la democracia.

—Es cierto.

—¿El paso de la democracia á la tiranía, no se verifica poco más ó menos lo mismo que el de la oligarquía al de la democracia?

—¿Cómo?

—Lo que en la oligarquía se considera como el mayor bien, y lo que puede decirse que es el origen de esta forma de gobierno, son las riquezas excesivas de los particulares; ¿no es así?

—Sí.

—Lo que causa su ruina, ¿no es el deseo insaciable de enriquecerse, y la indiferencia que por esto mismo se siente por todo lo demás?

—Tambien es eso cierto.

—Por la misma razon, para la democracia es la causa de su ruina el deseo insaciable de lo que mira como su verdadero bien.

—¿Cuál es ese bien?

—La libertad. Penetra en un Estado democrático, y oirás decir por todas partes, que la libertad es el más precioso de los bienes, y que por esta razon todo hombre que haya nacido libre fijará en él su residencia ántes que en ningun otro punto.

—Nada más frecuente que oir semejante lenguaje.

—¿No es, y esto es lo que queria decir, este amor á la libertad, llevado hasta el exceso y acompañado de una indiferencia extremada por todo lo demás, lo que pierde al fin este gobierno y hace la tiranía necesaria?

—¿Cómo?

—Cuando un Estado democrático, devorado por una sed ardiente de libertad, está gobernado por malos escanciadores, que la derraman pura y la hacen beber hasta la embriaguez, entónces, si los gobernantes no son complacientes, dándole toda la libertad que quiere, son acusados y castigados, so pretexto de que son traidores que aspiran á la oligarquía.

—Seguramente.

—Con el mismo desprecio trata el pueblo á los que muestran aún algun respeto y sumision á los magistra-

dos, echándoles en cara que para nada sirven y que son esclavos voluntarios. Pública y privadamente alaba y honra la igualdad que confunde á los magistrados con los ciudadanos. En un Estado semejante, ¿no es natural que la libertad se extienda á todo?

—¿Cómo no ha de extenderse?

—¿No penetrará en el interior de las familias, y al fin, el espíritu de independencia y anarquía no se comunicará hasta á los animales?

—¿Qué quieres decir?

—Que los padres se acostumbran á tratar á sus hijos como á sus iguales y si cabe á temerles; éstos á igualarse con sus padres, á no tenerles ni temor ni respeto, porque en otro caso padecería su libertad; y que los ciudadanos y los simples habitantes y hasta los extranjeros aspiran á los mismos derechos.

—Así sucede.

—Y si bajamos más la mano, encontraremos que los maestros, en semejante Estado, temen y contemplan á sus discípulos; éstos se burlan de sus maestros y de sus ayos. En general los jóvenes quieren igualarse con los viejos, y pelearse con ellos ya de palabras ya de hecho. Los viejos á su vez quieren remedar á los jóvenes, y hacen estudio en imitar sus maneras, temiendo pasar por personas de carácter altanero y despótico.

—Es cierto.

—Pero el abuso más intolerable, que la libertad introduce en este gobierno, es que los esclavos de ambos sexos son tan libres como los que los han comprado. Y ya casi se me olvidaba decir qué grado de libertad y de igualdad alcanzan las relaciones entre los hombres y las mujeres.

—No olvidemos nada, y, según la expresión de Esquilo, *digamos todo lo que nos venga á la boca*.

—Muy bien; es lo mismo que estoy haciendo. Dificultad habrá en creer, á no haberlo visto, que los animales

domésticos son en este gobierno más libres que en ningún otro. Los perritos falderos, según el proverbio, están bajo el mismo pié que sus dueñas; y los caballos y los asnos, acostumbrados á marchar con la cabeza erguida y sin agacharse, chocan con todos los que encuentran, si no se les permite el paso. En fin, todo goza aquí de una plena y entera libertad.

—Me refieres lo mismo que yo pienso. Jamás voy al campo que no suceda eso.

—¿No ves los males que resultan de todo esto? ¿No ves cómo se hacen suspicaces los ciudadanos hasta el punto de rebelarse é insurreccionarse á la menor apariencia de coaccion? Y por último llegan, como tú sabes, hasta no hacer caso de las leyes, escritas ó no escritas, para no tener así ningún señor.

—Lo sé.

—De esta forma de gobierno tan bella y tan encantadora es de donde nace la tiranía, por lo ménos á mi entender.

—Encantadora en verdad; pero continúa explicándome sus efectos.

—El mismo azote que ha perdido la oligarquía, tomando nuevas fuerzas y nuevos crecimientos á causa de la licencia general, arrastra á la esclavitud al Estado democrático; porque puede decirse con verdad que no se puede incurrir en un exceso sin exponerse á caer en el exceso contrario. Esto mismo es lo que se observa en las estaciones, en las plantas, en nuestros cuerpos, y en los Estados lo mismo que en todas las demás cosas.

—Así debe suceder.

—Por consiguiente, lo mismo con relacion á un Estado, que con relacion á un simple particular, la libertad excesiva debe producir, tarde ó temprano, una extrema servidumbre.

—También debe suceder así.

—Por lo tanto es natural, que la tiranía tenga su origen en el gobierno popular; es decir, que á la libertad más completa y más ilimitada suceda el despotismo más absoluto y más intolerable.

—Está en el orden de las cosas.

—Pero no es esto lo que tú me preguntas. Quieres saber cuál es ese azote, que, formado en la oligarquía y aumentado despues en la democracia, conduce á la tiranía.

—Tienes razon.

—Por este azote entiendo esa muchedumbre de personas pródigas y ociosas, unos más valientes que marchan á la cabeza, y otros más cobardes que les siguen. Hemos comparado los valientes á los zánganos armados de aguijon, y los cobardes á zánganos sin aguijon.

—Me parece exacta esa comparacion.

—Estas dos especies de hombres causan en el cuerpo político los mismos estragos que la flema y la bilis en el cuerpo humano. Un legislador sabio, como médico hábil del Estado, tomará respecto de ellos las mismas precauciones que un hombre, que cuida abejas, toma respecto á los zánganos. Su primer cuidado será impedir que entren en la colmena, y si á pesar de su vigilancia se le escurren dentro, procurará destruirles lo más pronto posible así como las celdillas que han infestado.

—No puede hacerse otra cosa.

—Para comprender mejor aún lo que queremos decir, hagamos una cosa.

—¿Qué cosa?

—Separemos con el pensamiento el estado popular en las tres clases de que efectivamente se compone. La primera comprende esos mismos de que acabo de hablar. La licencia pública hace que su número sea tan grande como en la oligarquía.

—Así es la verdad.

—Sin embargo, hay la diferencia de que en un Estado democrático son mucho más maléficos.

—¿Por qué razon?

—Porque como en el otro Estado no tienen ningun crédito y se procura alejarlos de los cargos públicos, quedan sin accion y sin fuerza: mientras que en el Estado democrático son ellos los que exclusivamente están á la cabeza de los negocios. Los más ardientes hablan y obran; los demás murmujan alrededor de la tribuna, y cierran la boca á todo el que intente manifestar una opinion contraria; de suerte que en este gobierno todos los negocios pasan por sus manos con raras excepciones.

—Es cierto.

—La segunda clase vive aparte, y no se comunica con la multitud.

—¿Cuál es?

—Como en este Estado todo el mundo trabaja para enriquecerse, los más entendidos y los más prudentes en su conducta son tambien de ordinario los más ricos.

—Así debe ser.

—De estos sin duda son de los que los zánganos sacan más miel y con más facilidad.

—¿Qué podrian sacar de los que tienen poco ó nada?

—Así es que dan á los ricos el nombre de *pasto para los zánganos*.

—Ordinariamente lo hacen.

—La tercera clase es la plebe, compuesta de artesanos, ajenos á los negocios públicos y que apenas tienen con qué vivir. En la democracia, esta clase es la más numerosa y la más poderosa cuando está reunida.

—Sí, pero no se reúne, como no tenga esperanza de recibir alguna miel.

—Por esto los que presiden á estas asambleas hacen los mayores esfuerzos por proporcionársela. Con esta idea se apoderan de los bienes de los ricos, que reparten con el

pueblo, procurando siempre quedarse ellos con la mejor parte.

—Ese es el origen de las distribuciones que se hacen al pueblo.

—Sin embargo, los ricos, viéndose despojados de sus bienes, sienten la necesidad de defenderse, se quejan al pueblo, y emplean todos los medios posibles para poner sus bienes al abrigo de tales rapiñas.

—Sin duda.

—Los otros á su vez los acusan, inocentes y todo como son, de querer introducir la turbacion en el Estado, de conspirar contra la libertad del pueblo, y de formar una faccion oligárquica.

—No dejan de emplear esos medios.

—Pero cuando los acusados se aperciben de que el pueblo, más que por mala voluntad, por ignorancia y seducido por los artificios de sus calumniadores, se pone de parte de estos últimos; entónces, quieran ellos ó no quieran, se hacen de hecho oligárquicos. No es á ellos á quienes hay que culpar por esto, sino á los zánganos que los pican con sus aguijones, y los lanzan en tales extremos.

—Sin contradiccion.

—En seguida vienen las denuncias, los procesos y las luchas entre los partidos.

—Es cierto.

—¿No es natural que el pueblo tenga alguno á quien confie especialmente sus intereses, y á quien procure engrandecer y hacer poderoso?

—Sí.

—Es evidente, que de esta estirpe de protectores del pueblo es de la que nace el tirano, y no de ninguna otra.

—La cosa es clara.

—Pero el protector del pueblo ¿por dónde principia á hacerse tirano? ¿No será evidentemente cuando comienza

á hacer una cosa parecida á lo que se dice que pasa en Arcadia en el templo de Júpiter Liceo?

—¿Qué dicen que pasa allí?

—Se dice que el que ha comido entrañas humanas, mezcladas con las de las otras víctimas, se convierte en lobo (1). ¿No has oído decirlo?

—Sí.

—En la misma forma, cuando el protector del pueblo, encontrando á éste completamente sumiso á su voluntad, empapa sus manos en la sangre de sus conciudadanos; cuando, en virtud de acusaciones calumniosas, que son demasiado frecuentes, arrastra á sus adversarios ante los tribunales, y hace que espiren en los suplicios, bañando su lengua y su boca impía en la sangre de sus parientes y de sus amigos; diezma el Estado valiéndose del destierro y de las cadenas; y propone la abolición de las deudas y una nueva división de tierras; ¿no es para él una necesidad el perecer á manos de sus enemigos, ó hacerse el tirano del Estado y convertirse en lobo?

—No hay medio.

—Ya le tienes aquí en guerra abierta con los que poseen grandes bienes.

—Es cierto.

—Y si se consiguiese expulsarlo y volviese á pesar de sus enemigos, ¿no vendría hecho un tirano completo?

—Sin duda.

—Pero si los ricos no pueden conseguir echarlo ni hacer que le condenen á muerte acusándole delante del pueblo, naturalmente conspirarán sordamente contra su vida.

—No puede ménos de suceder así.

—Entonces el hombre ambicioso, que ha llegado á este punto extremo, aprovecha la ocasión para hacer al pue-

(1) Véase *Pausanias*, VII, 2.

blo una peticion. Le pide una guardia para proteger al defensor del pueblo.

—Sí, verdaderamente.

—El pueblo se la concede, temiéndolo todo por su defensor, y no temiendo nada por sí mismo.

—Sin duda.

—Cuando las cosas llegan á este punto, todo hombre, que posee grandes riquezas y que por esta razon pasa por enemigo del pueblo, toma para sí el oráculo dirigido á Creso: *huye hácia el río Hermos de lecho pedregoso, y no teme la tacha de cobardía* (1).

—Tiene razon; no tendria ocasion de temerlo dos veces.

—En efecto, si le prenden en su huida, le cuesta la vida.

—No es otra la suerte que le espera.

—En cuanto al protector del pueblo, no creas que se duerma en medio de su poderío; sube descaradamente al carro del Estado, destruye á derecha é izquierda todos aquellos de quienes desconfia, y se declara abiertamente tirano.

—¿Quién puede impedírselo?

—Veamos ahora cuál es la felicidad de este hombre y la del Estado que le sufre.

—Me agrada.

—Por lo pronto, en los primeros dias de su dominacion, ¿no sonrie graciosamente á todos los que encuentra, y no llega hasta decir que ni remotamente piensa en ser tirano? ¿No hace las más pomposas promesas en público y en particular, librando á todos de sus deudas, reparatiendo las tierras entre el pueblo y sus favoritos, y tratando á todo el mundo con una dulzura y una terneza de padre?

(1) Véase *Herodoto*, I, 55.

—Es natural que empiece de esa manera.

—Cuando se ve libre de sus enemigos exteriores, en parte por transacciones, en parte por victorias, y se cuenta seguro por este lado, tiene cuidado de mantener siempre en pié algunas semillas de guerra, para que el pueblo sienta la necesidad de un jefe.

—Así debe ser.

—Y sobre todo, para que los ciudadanos, empobrecidos por los impuestos que exige la guerra, sólo piensen en sus diarias necesidades, y no se hallen en estado de conspirar contra él.

—Sin contradicción.

—Y también hace esto para tener un medio seguro de deshacerse de los de corazón demasiado altivo para someterse á su voluntad, exponiéndolos á los ataques del enemigo. Por todas estas razones es preciso que un tirano tenga siempre entre manos algun proyecto de guerra.

—Sin duda.

—Pero semejante conducta no puede ménos de hacerle odioso á sus súbditos.

—Muy odioso.

—Y algunos de los que contribuyeron á su elevación, y que son los que, despues de él, tienen mayor autoridad, ¿no hablarán entre sí con mucha libertad de lo que pasa, y los más atrevidos no irán hasta quejarse á él mismo?

—Parece que sí.

—Es preciso que el tirano se deshaga de ellos, si quiere reinar en paz; y que sin distinguir amigos de enemigos, haga que desaparezcan todos los hombres de algun mérito.

—Es evidente.

—Debe de ser muy perspicaz para distinguir los que tienen valor, grandeza de alma, prudencia y riquezas; y es tal su fortuna, que se ve obligado, quiera ó no quiera

á hacer á todos la guerra, y tenderles lazos sin tregua hasta que haya purgado de ellos al Estado.

—¡Extraña manera de limpiar!

—Hace lo contrario de los médicos, que purgan el cuerpo, quitándole lo malo y dejándole lo bueno.

—Tiene que obrar así ó renunciar á la tiranía.

—En verdad, ¿no es para él una magnífica alternativa la de perecer ó vivir con canalla, que tampoco puede evitar que le aborrezca?

—Tal es su situacion.

—¿No es claro, que cuanto más odioso se haga á sus conciudadanos á causa de sus crueldades, tanta más necesidad tendrá de una fiel y numerosa guardia?

—Sin duda.

—Pero ¿dónde encontrará esas gentes fieles? ¿De dónde las hará venir?

—Si paga bien, acudirán en gran número de todas partes.

—Ya te entiendo, acudirán enjambres de zánganos de todos los países.

—Has comprendido perfectamente mi pensamiento.

—¿Por qué no confiará la guarda de su persona á gentes de su país?

—¿Cómo?

—Formando su guardia con esclavos, á quienes declararía libres despues de haber hecho morir á sus dueños.

—Muy bien, porque tales esclavos le serian enteramente adictos.

—Una observacion aún. Muy digna de lástima es la condicion de un tirano, si se ve obligado á destruir á los mejores ciudadanos, y á convertir los esclavos de éstos en sus amigos y confidentes.

—No puede tener otros.

—Estos nuevos ciudadanos le admiran y viven con él

en la más íntima familiaridad, mientras que los hombres de bien le aborrecen y huyen de él.

—Así debe de suceder.

—Con razon se alaba la tragedia como una escuela de sabiduría, y particularmente las de Eurípides.

—¿Á propósito de qué dices eso?

—Porque de Eurípides es esta máxima que tiene un sentido profundo: *los tiranos se hacen hábiles mediante el trato con gentes hábiles*, con lo que sin duda ha querido decir que los que componen su sociedad son gentes hábiles.

—Es cierto que Eurípides (1) y los demás poetas califican la tiranía de divina en muchos pasajes de sus obras.

—Así los poetas trágicos tienen demasiado buen sentido, para tener por malo que en nuestro Estado y en todos aquellos, que están gobernados segun principios análogos, se rehuse admitirlos á causa de los elogios que ellos tributan á la tiranía.

—En cuanto yo alcanzo, creo que los más razonables de ellos no se ofenderán por esto.

—Pero nadie les quita de recorrer como quieran los demás Estados. Allí, reuniendo al pueblo, y pagando las voces más elocuentes, más enérgicas y más insinuantes, inspiran á la multitud el gusto de la tiranía y de la democracia.

—Sin duda.

—Con esto conseguirán dinero y honores, en primer lugar de parte de los tiranos, como es natural que suceda; y en segundo lugar de parte de las democracias. Pero á medida que remonten su vuelo hácia gobiernos más perfectos, su nombradía se debilitará, perderá su empuje y no podrá seguirles.

—Tienes razon.

(1) En las *Troyanas*, v. 1177.

—Pero dejemos esta digresion; volvamos al tirano, y veamos cómo podrá proyeer al sostenimiento de su preciosa y numerosa guardia, renovada á cada momento.

—Es evidente que comenzará por despojar los templos, y mientras dure la venta de las cosas sagradas y le produzca lo suficiente, no impondrá al pueblo grandes contribuciones.

—Muy bien; pero cuando le falte este recurso, ¿qué hará?

—Entónces vivirán con los bienes de su padre, él, los suyos, sus convidados, sus favoritos y sus queridas.

—Entiendo; es decir, que el pueblo, que ha engendrado al tirano, le alimentará á él y á los suyos.

—Así tendrá que suceder.

—Pero si el pueblo se cansase al fin, y le dijese que no es justo que un hijo ya grande y fuerte sea una carga para su padre; que, por el contrario, á él le toca procurar el mantenimiento á su padre; que al formarle y educarle, no ha sido su ánimo que se convirtiera en dueño cuando fuera grande, ni ser el pueblo esclavo de sus esclavos, ni alimentarle á él y á esa muchedumbre de extranjeros que le rodean; que lo que se propuso fué solamente libertarse por su medio del yugo de los ricos y de los que se llaman en la sociedad hombres de bien; ¿no deberá en este concepto mandarle que se retire con sus amigos, con la misma autoridad que un padre arroja de casa á su hijo con sus compañeros de libertinaje?

—Entónces, ¡por Júpiter! el pueblo verá qué hijo ha engendrado, acariciado y encumbrado, y que los que intenta arrojar son más fuertes que él.

—¿Pero qué dices? ¿Se atreveria el tirano á emplear la violencia con su padre, y hasta maltratarle si no cedia?

—¿Quién puede dudarlo, si ántes lo ha desarmado?

—¿El tirano es, por consiguiente, un hijo desnaturalizado, un parricida? Y hé aquí que hemos llegado á lo que

todo el mundo llama tiranía. El pueblo, queriendo evitar, como suele decirse, el humo de la esclavitud de los hombres libres, cae en el fuego del despotismo de los esclavos, y ve que la servidumbre más dura y más amarga sucede á una libertad excesiva y desordenada.

—Castigo casi siempre irremediable.

—Y bien, Adimanto, ¿podremos lisonjearnos de haber explicado de una manera satisfactoria la transición de la democracia á la tiranía y á las costumbres de este gobierno?

—La explicación es completa.
